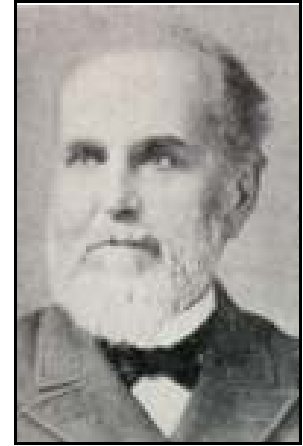


# El Testimonio de Daniel Steele

*por Daniel Steele*



**Dr. Daniel Steele**  
(1824-1914)

Nací en este mundo en Windham, Nueva York, el 5 de octubre de 1824 y en el reino de Dios en Wilbraham, Massachusetts en la primavera de 1842. Nunca pude decir con seguridad la fecha de mi nacimiento espiritual, porque el amanecer del nuevo día era lento y el sello de mi justificación fue débilmente impreso sobre mi consciencia. Este hecho era para mí, razón de gran prueba y motivo de muchas dudas en los primeros años de mi vida cristiana. Yo anhelaba una conversión semejante a la del Apóstol Pablo. Mi llamamiento al ministerio era más claro que mi justificación. Por las oraciones de una madre y la consagración de su hijo aún no nacido, al ministerio santo, puedo decir: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad”.

Mis primeras experiencias religiosas eran muy variables y la mayor parte consistía de “tristezas y pecados, dudas y temores, un ‘yermo de horrible soledad’”.

La persona del Espíritu Santo era para mí más bien una creencia, un “artículo de fe” que una realización gozosa. En cierto sentido yo era libre pero no verdaderamente libre – libre de culpa y condenación de pecado, pero no libre de las fuertes tendencias internas que parecían ser parte de mi mera naturaleza.

Durante los primeros años de mi ministerio, siendo por herencia metodista en doctrina, yo creía en la posibilidad de la santificación completa en esta vida, efectuada instantáneamente. ¿Cómo pude dudarla viendo el ejemplo de su realidad en mi madre? La busqué a veces diligentemente pero fracasé, alcanzando nada más que bendiciones transitorias. Una de estas bendiciones en el año 1852 era tan grande que de una vez me quitó las dudas acerca de mi regeneración. Estas bendiciones todas se me vinieron mientras luchaba sinceramente por conseguir la santificación como una experiencia definida. Cuando acepté la teoría de que la santificación era gradual y no instantánea, estas bendiciones especiales terminaron, porque al no ver una meta definida que alcanzar, mi fe dejó de ejercer sus mayores esfuerzos. En este estado, un período de quince años, llegué a sentir un gran descontento y hambre. Dios me tenía cosa mejor. Él vio mi gran conflicto y confusión mental ocasionado por las opiniones diversas de mi denominación sobre el tema de la “perfección cristiana” y en su misericordia me guiaba al camino que me pudo llevar a la “tierra que fluye leche y miel”.

Me guió al estudio del Paraclete prometido y me hizo ver que la promesa significaba algo mucho mayor que el nacimiento nuevo, y que un “Pentecostés” personal me esperaba. La busqué con gran empeño. Entonces el Espíritu me hizo ver el mal que todavía quedaba escondido en mi

naturaleza, el motivo segundo de mi predicación, frecuentemente prefiriendo el honor que de los hombres viene más bien que el que viene de Dios.

Me sujeté a todas las pruebas presentadas por el Espíritu Santo y confesé públicamente todo lo que Él me revelaba. Me decidí a andar sólo con Dios más bien que con la multitud del mundo y de la Iglesia. De una vez comencé a sentir una libertad antes desconocida, que aumentaba diariamente. No comprendí su causa. Fui guiado a buscar a sentir la presencia gozosa del consolador en mi corazón.

Habiéndome convencido de que la promesa del Consolador no era sólo para la época apostólica, sino para todas las edades ('El Consolador . . . estará con vosotros para siempre'), tomé la promesa: "De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo dará". Las palabras "de cierto de cierto", para mí tuvieron la seguridad y la certeza de un juramento. De las palabras "todos cuanto", aparté las bendiciones temporales, no porque no creía que fueron incluidas en la promesa, mas simplemente porque no las estaba buscando. Entonces escribí mi propio nombre en la promesa, no con el fin de excluir a otros, sino para tener la seguridad de que yo mismo fui incluido. Entonces, escribiendo debajo de todo, estas palabras: "Hoy es el día de la salud", hallé que mi fe tuvo tres cosas que alcanzar: el Consolador, para mí, ahora mismo. Con un acto de fe apropiado, me aferré de la promesa, orando y repitiendo las palabras del himno de Carlos Wesley:

"Jesús, tu amor todo vencedor,  
En mi corazón derrama."

Hice un repaso mental de los hechos sobresalientes de la vida de Cristo, poniendo atención especialmente en su agonía en Getsemaní y Calvario, su ascensión, sacerdocio y sacrificio ampliamente expiatorio.

De repente sentí que un poder misterioso se obraba en mis sensibilidades. Ellas a pesar de no ser yo de temperamento nervioso, de buena salud, solito y tranquilo, eran indescriptibles, como si una corriente eléctrica sacudía mi cuerpo pero sin dolor, deshaciendo lo todo en un torrente de amor ardiente. El Hijo de Dios en toda su hermosura, se me presentó al ojo espiritual. Esto sucedió el 17 de noviembre de 1870, el día inolvidable. Por primera vez disfruté de "las riquezas inescrutables de Cristo".

Reputación, amigos, familiares, bienes, todo desapareció eclipsado por la brillantez de su manifestación. Me parecía que Él decía: "He venido para morar contigo". Sin embargo no hubo voz audible, ningún fantasma, tampoco ninguna imagen. No era un trance, ni éxtasis, ni visión. Sentí que era "el amor de Dios derramado en el corazón por el Espíritu Santo". Me parecía que la atracción hacía Jesús, el encanto de mi alma, atraería a mi espíritu del cuerpo hasta los cielos mismos. Más seguro era de que Dios me amaba que yo era de la existencia de la tierra sólida y del sol resplandeciente. Intuitivamente comprendí a Cristo y esta comprensión no ha perdido nada de su dulzura y fuerza después de 17 años. La verdad es más real y bendita ahora.

En el momento no comprendí que esto era la santificación completa. La parte positiva de la experiencia eclipsó la negativa, la eliminación del principio pecaminoso por el poder purificador del Paraclito. Pero de todas maneras así fue. Siempre me ha parecido que la parte negativa es la parte inferior de la gran bendición de la investidura y permanencia de la Trinidad completa.

Después de 17 años de experiencias variadas de la vida, a veces en mares tempestuosos, en enfermedades y en salud, en la casa o en la calle, en honra y en deshora, y en pruebas de gran severidad, no se me ha presentado de lo íntimo de mi conciencia o subconciencia, algo que lleva la

fisionomía fea de pecado, alguna transgresión voluntaria de una ley conocida de Dios. Durante todo este tiempo los dardos encendidos que Satanás me ha disparado, no me han ocasionado daño alguno. Han sido apagados por el invisible escudo de la fe en Cristo Jesús. En cuanto al futuro, “Estoy seguro que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”.

Boston, marzo de 1888.  
*de Cuarenta Testigos por Rev. S. Olin Garrison, M.A.*